

Nomenclatura geográfica

PARA LOS ESTUDIANTES DE GEOGRAFÍA)

Se trata de una cuestión de nombres, pero los nombres, en Geografía, no carecen de importancia. Las denominaciones propias geográficas tienen, en su más densa mayoría, una sola forma legítima. Esta isla se llama Tenerife, y sólo sonrisas puede provocar el leer, a veces, en impresos alemanes, "Tenerifa", o cualquier otra variante de la forma consagrada por sus habitantes. Generalizando el caso, hemos de sentar que la legitimidad de toda denominación geográfica la imprimen, exclusivamente, los naturales o vecinos de la localidad que se mencione, en poder de los cuales está—diremos recordando a Horacio—el árbitro y el derecho y la norma de nombrarla.

Así lo han reconocido todos los tratadistas conscientes, y así lo recomiendan las Sociedades de Geografía, que no hay tales BURDEOS, ni LONDRES, ni FIREN FLORENCIA, etc., sino BORDEAUX, LONDON, FIRENZE, etc. PARIS no se llama PARIGI, ni LEIPZIG, LIPSIA, como dicen los mapas y libros italianos; ni MILANO o VENEZIA se llaman MAILAND o VENEDIG, como a su vez escriben los tudescos, ni la COLONIA AGRIPINA se llama COLOGNE, como expresan los franceses, ni COLONIA, como pronunciamos nosotros; su nombre auténtico es KOLN, aunque sea horrrisona la trituración que de la eufónica denominación latina hayan hecho los germanos.

No se pretende, con esto, desterrar la forma tradicional con la que cada nación ha naturalizado la toponimia extraterritorial, pero no debe olvidarse el acompañar los apelativos aclimatados con los correspondientes del país originario.

Nos hemos referido antes a la única forma correcta que poseían la mayoría de los sustantivos propios geográficos, y ahora debemos añadir que en algunos casos esta uniformidad desaparece, por ejemplo, en las regiones fronterizas. El vocablo PYRENEES no puede ser menos aceptable que el PIRINEOS, y el río llamado DONAU en Alemania y Iria, es conocido más abajo como río DUNA por los húngaros y DUNAREA por los rumanos. El MEUSE de Francia es el Maas de Holanda, el ULTAVA checo recibirá en la aduana del Cañón de Schandau—pronúnciese Chandau con sonido para la “ch” semejante a la “ch” francesa—el márchamo de ELBA, con el que circulara por Alemania; el DUERO y TAJO castellanos, serán rebautizados por los lusitanos como DOURO y TEJO, etc., etc.; es decir, que en hechos geográficos que interesen a más de una nación es imposible la unidad nominal (1).

Igualmente acontecerá en aquellos otros que hallemos en un estado donde convivan idiomas varios. Un suizo de Zurich, Bassel, etc., llamará su patria SCHWEIZ—pronúnciese Chvais, con el sonido citado para la ch francesa—, otro de Geneve—Ginebra—Martigny... la llamará con igual derecho SUISSE, y con idéntica razón otro suizo de Bellinzona o Locarno, se creará natural de SVIZZERA.

Por causa pareja, un flamenco de ANTWERPEN, GEND, MECHELEN o LEUVEN—Amberes, Ganet, Malinas o Lovaina—, y un valon de Charleroi o Mons, sostendrán que su patria es BELGIE o BELGIQUE, respectivamente.

Prescindiendo de las variaciones ordenadas por los Gobiernos, de las que, el mayor ejemplo nos lo ofrece Rusia con sus múltiples cambios toponímicos, basados en los prohombres comunistas, otra causa de mutaciones nominales la tenemos en las vicisitudes históricas de las naciones. Las subyugadas por otras ven con frecuencia como su patria, sus ciudades, etc., circulan por el mundo bajo formas extrañas, y una vez reincorporadas al rango de los pueblos libres restauran, como es natural, sus propias designaciones. Así Finlandia irá cambiando el puesto a SUOMI; Helingfors a HELSINKI; Posen, Lemberg, etc., a Posnan, LWOW, etc.; Marienbad y Karlsbad a MARIANSKE y KARLOVI, Brünn a BRNO, Pesburgo—POSZONY bajo los húngaros—a BRA-

(1) Los ríos, por su aspecto tan opuesto en uno u otro trayecto, por atravesar áreas lingüísticas iversas, y por ser realmente individuales diferenciadas antes o después de cruzar ciertos lugares son los entes geográficos de más variada nomenclatura. El CHAMBESI después de su expansión en el lago BANGUEOLO lleva dignamente otro nombre, LUVUA, y éste, pasado el MERU—o sea, el Lago,—se apellida Luapula, que unido al LUALABA engrandarán el caudaloso Congo. El río salido del Nianza o lago Victoria, no se llamará ya CAGERA como antes, sino río de la MONTANA-BAR-EL-YEBEL, al N. del lago Alberto será el río o Nilo Blanco, y reforzado con el Nilo Azul -BAR-EL-ASREK- desde Jartun se simplificará en río Nilo sin apodos cromáticos. El SELENGA anterior al Balkal, ANGARA inferiormente, se transforma en TUNGUSKA Alto, antes de desaparecer en el Yenisey. Los brasileiros distinguirán muy bien el SOLIMOENS, entre Tabatinga y el río Negro, el Marañón peruano, y del Amazonas desde la confluencia del Negro asta hel Atlántico. Et. sic de ceteris.

TISLAVA; Temesvar y Kolosvar—Klausenburgo en alemán—a TIMISOARA y CLUY, María Teresiopol o Sabadka, a SUBOTICA; Laibach y Agram, a LUBLIANA y ZAGREB; etc., etc.

De esta inestabilidad a través de la historia en breves periodos, es responsable el imperialismo que no atiende, en su afán de absorción, a esa legitimidad que otorga la lengua de los naturales. Decimos en breves periodos porque en los multiseculares, la evolución natural del idioma va alterando todos los vocablos y los geográficos entre ellos. Bien sabido es como por lento y propio dinamismo, NEAPOLIS—la ciudad nueva—ha plasmado hoy NAPOLI; MEDIOLANIUM, MILANO; AUGUSTA TAURINORUM, TORINO; LUGDUMUN, LYON; DUROCORTORUM REMOREN; REIMS; LONDINIUM, LONDON, etc. Las intrusiones de pueblos distintos en lengua perturban, claro está, la evolución vernácula.

VICIOS EN LA ENSEÑANZA DE LA NOMENCLATURA GEOGRAFICA

Los que más reiteradamente afean este aspecto de la docencia, son: Las transcripciones erróneas, las redundancias y las falsas traducciones. En cuanto al primero existe una manía indefendible que han introducido autores de escasa conciencia científica. Nos referimos al desatinado vicio de pronunciar muchas voces geográficas extranjeras según la moda francesa, y aunque en España tengamos adaptaciones de dichas voces, tradicionalmente admitidas.

¿Qué diría un español al llegar a un Centro cultural de Italia, Inglaterra, Alemania... y se encontrase con que los estudiantes de Geografía de España decían Pampelune, Saragosse, La Corogne, Cordue, u otras curiosidades como éstas, causadas por enseñar la geografía española con nombres franceses? Reprobaría inmediatamente aquella anomalía como nosotros debemos reprobar que la geografía de cualquier nación se aprenda en francés.

El ejemplo máximo que puede presentarse es el de la capital de la S. S. S. R. (Sojuz Socialisticheskich Soveskich Republica) o Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Su nombre auténtico es MOSKWA, tomados del río, subafuyente del Volga, que la baña. Este nombre se pronuncia sin gran dificultad en español, pero desde hace siglos se aclimató la forma Moscovia, perfectamente acorde con la índole de nuestra lengua—sufijo “ia” para regiones o ciudades—que de igual manera ofrece Varsovia, Gracovia, Moldavia, Brisgovia, Argovia y otros nombres. Ahora bien, ¿por qué la ciudad de Moskva o Moscovia la hemos de llamar a la francesa Moscú o Moscou?

A otras capitales de estados europeos también se les viene aplicando denominaciones impropias, por ejemplo: Reval y Kouno, pero en estos casos existe la atenuante de que las naciones Estonia y Lituania, y los nombres vernáculos de sus capitales TALLIN y KAUNAS, no tenían personalidad reconocida, y las formas alemanas eran las divulgadas.

Acordado que los nombres del país correspondiente son los únicos correctos, surge la dificultad de su transcripción, dada la anarquía fonética entre las naciones. Ciertos sonidos de una lengua faltan totalmente—y por tanto carecen de representación alfabética—en otra, y una misma letra no se pronuncia de igual manera en todos los Estados, ni a veces en las diversas regiones de un mismo Estado. Notemos la ciudad de Gijón. Ante estas letras un germano o un escandinavo dirán Gniyon, un italiano o un francés pronunciarán esa palabra de tal modo que los españoles no podemos transcribirla. Nuestros compatriotas del siglo XVI la pronunciaban de un modo aproximado al de los otros pueblos latinos de ahora, y escribían para dicha pronunciación Xixón, advirtiendo que la x no tenía el sonido que ahora le damos.

De igual manera, si se trata del principal puerto noruego, nosotros diremos Bergen, en lugar de Berguen, como dicen los nórdicos, y ante Civita Vecchia será preciso que alguien nos advierta que la c y ch italianas no suenan como en castellano, y que este nombre debemos pronunciarlo Chivta Vecquia.

La letra ñ figura exclusivamente en nuestro abecedario y por ende a lo más que podemos aspirar en nombres como La Coruña, si lo lee un extranjero es a que diga La Coruna. Ahora bien, este sonido existe en italiano y en francés, que lo representan por gn, y en portugués se suple por nh; Minho igual Miño, Noronha a Noroña.

La lectura que nosotros hacemos de la ll es única también. Valladolid será silabeado por los extranjeros Val-la-do-lid, y en cambio los españoles desapercibidos dirán Pala en lugar de Palla cuando vean el portugués Palha, y Cagliari en lugar de Callari cuando se presente ante sus ojos la capital de Cerdeña.

En resolución, que al transcribir un nombre extranjero se debe poner—y los buenos libros de Geografía así lo hacen—inmediatamente su pronunciación, para lo cual precisa cambiar una o varias letras frecuentemente. En los libros franceses de Geografía, las denominaciones ajenas se sirven directamente aderezadas para que la pronunciación sea lo más parecida posible al original, y en consecuencia, la forma original de tales denominaciones no la pueden conocer todos los lectores.

El lago Erie, en francés será Erié, acentuada la e final, pues de lo contrario, los franceses leerían Eri, puesto que la e acentuada no se pronuncia al fin de palabra. El cabo Cheliuskin deberá ser servido al paladar francés adobado con una t inicial para fortalecer el sonido ch, y, además, para que la sílaba in no se convierta en an, habrá que deshacerla por la agregación de una e muda. Total, Tcheliuskine. Para la isla de Sajalinn deberá usar igual remiendo final, y como tampoco tiene el sonido de j como lo poseemos en español, en ruso, o en árabe, debe poner otro añadido, kh, quedando el nombre escrito Sakhaline.

Y como buena parte de los libros españoles de Geografía universal son traducciones pedestres de libros franceses, de aquí resulta que los libros españoles digan, y digan los que los leen, y los estudiantes de

Geografía, y, desgraciadamente, bastantes profesores, lago Erié, Khar-cov, Arkhangel, Astrakhan, Bukhara, Khiva, Krorasan, Tcharchui, Kharvin, Okhotsk, Balkhasch, Askhavad, Khartum, Khedive, etc., en lugar de escribir y decir lago Eric, Jarcof, (la v final rusa igual a f), Arjan-guel, Astrajan, Bojara, Jiva, Jorasan, Charchui, Jarvin, Ojotsk, Baljasch, Asjabad (capital actual de la República Sociética de Turkmenistan), Jortun, Jedive, etc.

En Literatura no han tenido mejor suerte que en Geografía. Todavía pululan los nombres de Puchkin, Cropotkin, y el de la famosa obra de León Tolstoy, "Ana Karenin", con las absurdas formas de Puchkine, Kropotkine, y "Ana Karenini", cuando no Karenina, tan absurdo como el anterior. Y los fieles de los conciertos sinfónicos ¿cuándo acabaremos de leer en los programas musicales Tchaikowski y Borodine, y cuándo los célebres músicos aparecerán sin los postizos de la t inicial y el final?

La aplicación de la fonética española a la ortografía francesa en nombres exóticos a las dos naciones es como se acaba de ver uno de los defectos más generales en la enseñanza geográfica. Examinemos ahora el de las

REDUNDANCIAS.—Hay bastantes nombres que nosotros creemos específicos de tal o cual hecho geográfico, y que sin embargo, son genéricos y aplicables a todos los accidentes análogos. Se suele hablar del canal del Sund, de río Sir Daria, del río Hoang-Ho, del río Yantg-tse-kiang, de los lagos Victoria Nianza, Nyassa, Moeru, de cabos Ras-el-Had, Ras-Afun, de los montes Balkanes, Yaila-Dag Altin-Tag, etc., etc., sin tener en cuenta que pronunciamos dos veces la misma palabra. El Sund, significa el Canal; Ho y Kiang, río; Daria, río igualmente Moeru, Nianza o Nyassa, loga; Ras, cabo; Balkan, Dag y Tag, montaña; etc.

No estaría mal que los alumnos de Geografía se acostumbren a no decir río Amu-Daria, río Si-Kiang, lago Victoria Nianza, etc., etc., sino el Daria amu, o río Amu, el Kinag Yangsse, o río Azul, el río Si o río de Occidente; el Nianza Alberto, o lago Alberto; el Moeru, o el Lago, etc., etc. En esta cuestión no se puede llegar muy lejos; no se debe recomendar más que unos cuantos nombres, pues de lo contrario la lista sería interminable, habría que separar de muchos nombres ya consagrados partes integrantes, y, además, nunca estaríamos ciertos de salvar repeticiones de este género. Infinidad de ríos españoles tienen en su nombre actual embebida el mismo término río. Guadalquivir significa río Grande, Guadalaviar río Blanco, (Nilo Blanco igual a Bar-el-Abiad en Africa). Guadarrama es lo mismo que río de Arena, etc. Reitérase el caso con los americanos Uruguay, Paraná, Pilcomayo, Misisipi, etc., que significan respectivamente Río de los Pájaros, Río, Río Rojo, y Río.

El pareado de Moscou en lugar de Moskwa o Moscovia en el caso de las transcripciones, lo tenemos en el Sahra con las redundancias. Sahra (pronúnciese Sajra) no es un desierto preciso, específico. Sahra es el

equivalente en árabe al castellano desierto, o sea un término genérico aplicable a todas las zonas de extremada aridez.

Decimos Sajra y no Sahara por ser palabra bisílaba aunque ordinariamente se escriba como trisílaba. (Vid. el volumen de AFRICA en STANFORDC COMPENDIUM OF GEOGRAPHY AND TRAVEL).

En igual caso parece estar Gobi, otra palabra que significa simplemente desierto, y por tanto decir desierto de Gobi y desierto de Sahara es poco plausible. En Historia se cometen redundancias semejantes al hablar del rey Minos de Crtea, o de Breno, jefe de los galos, pues uno y otro nombres no son propios de una sola persona sino comunes a todos los reyes cretenses o jefes galos. Minos significa rey y Bren jefe.

El tercer lunar en la enseñanza de la toponimia geográfica es, como hemos dicho, el de las falsas traducciones. Los casos de alguna divulgación son exiguos. Uno de ellos es el de los montes Metálicos con respecto a los Erz Gebierge. La traducción exacta es el de montes Metálicos o sea abundantes en menas, como la sierra Menera de Teruel. Algunos atlas ponen cabo del Hambre al cabo del Ambar situado al N. de Madagascar. Es una muestra de la despreocupación con que se copia del francés en los libros de Geografía. En los libros y atlas de la nación vecina se escribe cabo de L'Ambre, o sea del Ambar, puesto que si fuese del Hambre pondrían los franceses Taim.

Traductores de esta jaez son los que escriben Bolonia sobre el Mar, Newcastle sobre el Tyne, Frankfort sobre el Mein, etc., etc. Olvidan que en español la situación de un lugar cerca o dentro de otro, se indica por medio de las partículas de o del. Miranda de Aldanueva ~~de~~ Ebro Aranda o Tudela de Duero, Arenys de Mar, Santillana del Mar, etc. nombres exponenciales de su localización sabe el mar o un río; y Villafraña del Vierzo, Villanueva de la Serena, o Sta. Cruz de la Palma son anuncios de su situación dentro de una comarca.

El error más grosero y más generalizado, el que reviste caracteres de verdadera epidemia que nos ha contagiado a casi todos es el que cometemos con el mar o canal situado entre Francia e Inglaterra. Mar de la MANGA o sea mer de la Manche dicen muy adecuadamente los franceses, y mar de la Mancha dicen equivocadamente el 99% de los españoles, aunque ni la Mancha región española—del árabe Manja, igual a tierra seca—ni la mancha, suciedad, tengan que ver nada con la Manche ultrapirenaica. Manche en francés y manga en español son las formas actuales en estas naciones de la latina mannica, palabra que en los respectivos romances pierde la i, vocal átona de sílaba interna, y la c en español se convierte en g, como en Lugo de Lucum; Gállego de Gallicum, Logroño de Lucronium. Astorga de Asturica, Málaga de Malaca, Córcega de Corsica, etc. Las palabras no geográficas que presentan igual metamorfosis son numerosísimas: trigo de triticum; agua de acua, gato de catum; (mentecato significa pues, mente o cabeza de gato) yegua de equam—el clásico ecus quedó ahogado por el vulgar caballus, como quedó extinguido el ignis por el másca ordinario focum, fuego—

llegar de aplicare (1), y presigo es una forma dialectal aragonesa, preciosa para el filólogo del latín persicum, melocotón.

En francés esa misma letra suele convertirse en ch como en Chalon derivado de Cabillonum, Champagne, pecheur de piscator, pescador; peche del citado persicum y Manche de Mannica. Verdad es que de Pértica ha resultado en Francia perche, y en España percha, y así alguno nos podría objetar que de mannica también podría resultar en español mancha. A esta objeción contestamos que si el romance popular se ha aproximado más al francés en esta forma que en la erudita pértiga, se ha debido exclusivamente a la presencia de la t. De igual manera transformóse lactuca en lechuga, porticum en porche, sanctum en sancho,—Sancho como se ve significa santo—etc., etc.; y como en Mannica no existe esa t, queda aclarado que mancha y manga en español no son lo mismo etimológicamente.

En el conocido atlas italiano de Agostini, se nombra este mar como debe ser nombrado: mar de la Mannica o sea de la Manga. Por su forma, que debe ser la causa inicial de tal denominación, debe también llamarse como aconsejamos. Véase en cualquier mapa cómo se asemeja a una manga desprendida del tronco atlántico y que se va estrechando hacia el mar del Norte. En el siglo XVIII el navegante francés Laperouse bautizaba el estrecho de Tartaria, entre Siberia y Sajalin, con el nombre de Manche de Tartaria. ¿No sería ridículo traducirlo al español por Mancha de Tartaria? ¿No decimos ahora con toda exactitud Manga de Tarrakai o de Tartaria? Si deseamos análoga exactitud debemos llamar mar de la Manga, y no de la Mancha, al que separa Francia de Inglaterra.

Prof. EMILIANO JOS.

(1) La causa de que en la Península sea más usada la palabra llegar-*che*gar de los portugueses—que la de arribar usada por los franceses tiene una explicación geográfica que por esta causa exponemos aquí. Arriver y llegar son términos derivados del vocabulario náutico y están indicando todavía la inmensa ventaja de los ríos franceses sobre los españoles en cuanto a su aptitud para la navegación. Las galeras romanas penetraban fácilmente por aquellos mientras que los ríos españoles sólo ofrecían obstáculos para ser remontados. En Francia las mayores poblaciones podían contemplar en el interior de la tierra el llegar de las naves, el *adrripare* naves, o sea cómo se pegaban a la costa, cómo se aplicaban al litoral. El llegar de los barcos era el *applicare* naves. La Geografía, impuso por tanto, en la Península, el verbo llegar.